

---

---

# **LA HOJALATERÍA: EXPRESIÓN ESCONDIDA DE LA CULTURA POPULAR**

ANA ABAD RODAS

## **Síntesis:**

Entre el umbral de la desaparición y un muy interesante proceso de recreación la hojalatería es un oficio tradicional que nos da testimonio de la vida cotidiana y los cambios que se producen en ella; la gran habilidad de sus artífices y su producción destinada a labores agropecuarias y a cubrir necesidades domésticas nos cuenta con singular encanto de la vida, la obra, el pensamiento y los sentimientos de quienes transforman la hojalata y son sus artífices. Penetrar en los talleres de hojalatería es adentrarse en un fascinante mundo donde el dominio de la técnica, la flexibilidad del material, el conocimiento y la experiencia de sus artesanos se expresan, con maestría, en la sencillez de sus productos, en su gran utilidad y en la posibilidad de una armónica convivencia entre tradición e innovación.

*“Mi finada mamacita me decía:  
pero qué te gusta, qué quieres.  
¿Quieres la zapatería? ¿La hojalatería quieres?.  
Sí mamá, eso yo quiero, la hojalatería.  
Desde entonces... cuando entré al taller  
fui surgiendo, surgiendo y  
estoy terminado mi vida en esto”.*

(Don Julio Muñoz)

Como si fueran grandes hojas de papel, como si las herramientas fueran la extensión perfecta de sus manos, la hojalata va rindiéndose al acompasado movimiento de las tijeras para delimitar, sobre las líneas trazadas con el compás, el espacio y las formas de los cuerpos que nacen y se hacen en los talleres de hojalatería.

Desde tempranas horas de la mañana se escuchan los rítmicos golpes de martillos y mazos de madera sobre el sólido fierro de viejas rieles de tren o sobre la hachuela, herramientas fundamentales para sacar cejas, hacer ensambles y costuras de fino acabado en los talleres de hojalatería que aún tenemos en Cuenca.

Penetrar en ellos, donde se transforma a corte, golpe y fuego la hojalata es adentrarse en uno de los oficios que fusiona con singular geometría la materia, el ingenio y el gustoso placer de crear utensilios que se relacionan con los ritmos y los tiempos de los trabajos del campo así como con aquellas necesidades cotidianas que en cierta época eran sustentadas tan sólo por la hojalatería.

La hojalatería es uno de los oficios que testimonia a través de la gran habilidad de sus artesanos y de la enorme humildad y sencillez de su producción el devenir histórico de las necesidades sociales y culturales de nuestros pueblos así como también es una de las más funcionales expresiones de nuestra cultura popular y quizá la más inexplorada.

Baldes de diferentes medidas, cantarillas y barriles para la leche, embudos, cucharones para sacar el arroz y el azúcar, ralladores, tostadoras de café, cedazos, jarras, teteras, candelabros, cernidores, latas para hornear pan, latas para hornado, candiles, bolsas para pasar café, comederos y bebederos para aves, moldes para galletas, faroles y marcos para espejos en diferentes tamaños y diseños, lámparas, cofres y cajitas son muestra de uno de los oficios artesanales con fuertes raíces coloniales a pesar de su tardía presencia en Cuenca, que según documentos data de 1691.

A los hojalateros y a los paileros se les identificaba entonces en un mismo grupo debido al escaso número de artífices dedicados a estas ramas de la metalistería durante la Colonia. En aquel tiempo eran conocidos como latoneros; trabajan con metales no preciosos como la hojalata y el cobre, excluido el hierro; elaboraban objetos y piezas con materiales que no eran ni son los empleados por los plateros, ni por los de los herreros.

Artículos y piezas de arte indígena y mestizo de singular maestría se guardan en los monasterios de la ciudad como ciertos objetos hechos en hojalata durante el siglo XVIII y XIX: marcos de cuadros, floreros, candelabros con incrustaciones de vidrio, faroles con detalles de irregulares diseños o con pequeñas figuras geométricas como rombos y círculos diminutos, con cristales de colores transparentes; todavía sus coloniales conventos mantienen en sus aleros muestras de antiguas canales, bajantes y tolvas para recoger las aguas lluvias de sus techos.

Aunque existen muy pocas referencias bibliográficas explícitas sobre la hojalatería, este oficio es una de las actividades artesanales de gran trascendencia en la consolidación de la ciudad como un centro urbano que durante la Colonia y luego en la República adquiría enorme influencia socio económica y política. La hojalatería cubría con su producción parte de los importantes requerimientos de sus vecinos dedicados en su gran mayoría a la producción agrícola, ganadera y artesanal así como también

satisfacía con su trabajo los requerimientos del menaje de la casa y del hogar.

“Me hizo hacer tres viajes al mercado que estaba en la plaza donde ahora venden telas, allí había el puesto de los hojalateros los domingos; había también una pileta grande. Yo acomodé los trastes, me agarré oiga de las varillas de la pila y empecé a gritar a mandíbula batiente: ¡Atención cuencanos! Por primera vez en Cuenca el señor Moisés Maldonado, el mejor hojalatero de Cuenca ha tenido el acierto de pedir latas a Estados Unidos, Alemania y a Italia; aquí tenemos grandes productos con estos materiales que van a durar dos veces más que los otros... Hasta las doce del día no tuve ¡una lata!, las vendí todas”. (Honorato Peralta)

Sin duda, los hojalateros son quienes plasman con su trabajo los cambios que van produciéndose en la comunidad, muchas veces marcados de acuerdo a las piezas que van construyendo o dejan de hacerlo como sucedió con los candiles cuando al extenderse las líneas de luz eléctrica más allá de los centros urbanos dejaron casi de producirlos: “Por docenas, por cientos, por gruesas se hacían los candiles, llevaban a Loja para la fiesta del Cisne, en baldes lo mismo. En baldes llevaban, como se decía antes, por terno; cada terno era un grupo de cinco baldes desde litro, medio galón, galón, dos galones y tres galones, eran cinco portes de baldes que iban en uno solo. En esa época se entregaba diez o veinte ternos” (Don Ángel Quinde)

Hasta finales de la década de lo setenta aún se podía observar en las calles de la ciudad a los maestros soldadores pregonando su oficio con su fragua acondicionada en un balde de hojalata y su cajonsito con herramientas que además le servía como banco mientras tapaban huecos y quebrantos de ollas, lavacaras, bacinillas, sartenes, jarros.

La aparición del plástico y del aluminio en el mercado determinó cambios radicales en la conducta social y, oficios como la hojalatería vio

disminuir su producción en forma determinante. Esto junto a la crisis económica que viven nuestros países está ocasionando la paulatina desaparición de los talleres dedicados a la producción en hojalata.

Algunos de sus artífices migraron a la Costa, otros más tarde “con suerte” a los Estados Unidos; hubo quienes dejaron de elaborar juguetes, otros se dedicaron en forma exclusiva a hacer canales de manera semi industrial; queda tan solo un taller que trabaja en cobre y hojalata, hay muy pocos artesanos dedicados al repujado en estos materiales; existen talleres donde todos son “canaleros” no hacen nada más en hojalata.

“Desde cuando se dolarizó bajó totalmente el trabajo, a más de eso entran cosas del Perú y Colombia, pero a nosotros prácticamente lo que nos acabó fue el plástico”. (Julio Muñoz)

A pesar del deseo de comprar objetos elaborados en hojalata o zinc, sus clientes prefieren el plástico “por el dólar o los dos dólares que se ahorran ese instante pues son recursos que les permite por ese día llevar algo más de comida a sus casas; así estamos todos”. (Gloria Quizphe)

Basta decir que la producción de cantarillas y barriles para leche así como otros objetos destinados a labores agropecuarias disminuyó mucho más en los últimos cinco años debido a la migración de los trabajadores del campo.

La hojalatería es uno de los oficios artesanales tradicionales situados entre el umbral de su desaparición y en medio de un muy interesante proceso de recreación que la podríamos entender como una reacción natural de supervivencia para superar su aparente afuncionalidad y su desarticulación en el entramado económico actual.

No es extraño encontrar talleres donde se están fabricando tapas para carburadores de tractores o para camiones cuyos repuestos o son muy

caros o ya no existen en el mercado o cantarillas adaptadas como vaporeras para sauna o campanas para cocinas, parrillas para estufas industriales, tapas para los radiadores, duchas y llaves de cobre o braseros en forma ovalada para mantener la carne asada caliente sobre platos de igual forma.

El ingenio y la calidad del trabajo de estos artífices demuestran el conocimiento con detalle y con profundidad no sólo de las técnicas y de los materiales sino de un alto comprensión de la geometría que les permite crear cualquier objeto que los clientes necesiten, incursionar con singular maestría en el diseño, en el repujado o en la escultura o adaptar “cualquier fierro viejo” como herramientas o inventarse máquinas para cortar con mayor rapidez las piezas para hacer juguetes.

“La hojalatería es demasiada amplia, hay cosas que se improvisan ese momento de acuerdo al deseo del cliente, a la necesidad del cliente sea esto para elaborar productos alimenticios, moldes para queso, yogures, bolos; en ese sentido hay que inventarse una serie de máquinas apropiadas para ello y, de allí, por lo regular se trabaja para la ganadería, la avicultura, para la construcción”. (Miguel Durán)

Todo se puede hacer con la hojalata, es un material muy noble, es muy flexible, me dijeron todos los maestros hojalateros que visité. Hay quienes les dejan un dibujo o apenas una idea y son ellos, los artífices de la hojalata, quienes dan cuerpo y realidad a estas necesidades.

“En la rama de la hojalatería, de todo, de todo se hace; todo, todo, lo que usted no se imagina. Si en caso de que me indicara alguna revista, me dice qué dibujo quiere, qué dimensión quiere, entonces yo le trabajo. No es que me alabe, Él sabe muy bien, nombro a mi Dios cuando lo que digo es verdad.” (Doña Julia Vélez)

Hace apenas unos años comenzaron a hacer unos baldes en forma cónica, largos, no muy anchos sin asiento que sirven para matar pollos: “se

agarra a la avesita por las patas y se la mete por el balde y ya luego que sacan su cabeza por el agujero se les pasa el cuchillo... sufren menos, no se lastiman sus alas, no se daña su carne, es más rápido, salpica menos sangre..., los dueños de las avícolas nos pedían estos baldes» (Doña Gloria Quizphe).

O como los Extracciones que son unos cilindros que tienen en el medio unas espirales como aletas con las cuales se saca solo la miel de los panales. También se hacen Ahumadores en forma cilíndrica, con un fuelle; dentro de ellos se colocan hojas y leños verdes y con el fuelle se produce humo para ahuyentar a las abejas y trabajar con tranquilidad en la extracción de la miel con su respectiva cera.

Sin duda, son los talleres de hojalatería los espacios en donde se convive en forma constante con la tradición en el uso de las técnicas y materiales como también con aquéllos desafíos que plantean sus clientes que precisan objetos no elaborados dentro de la producción ordinaria en la hojalatería.

Aunque las técnicas en la elaboración de objetos de hojalata se resumen en el trazo, el corte y los distintos virados para luego realizar el ensamble y proceder entonces a la suelda, los detalles en cada momento de este proceso requieren de singular atención, paciencia y cuidado.

Como en todos los oficios artesanales, en la hojalatería quien aspiraba a aprender un oficio o un “arte” debía ingresar a un taller en calidad de aprendiz canjeando su trabajo por los conocimientos adquiridos directamente de los otros artífices que conformaban el taller, algunos de los cuales eran sus familiares. Una vez que habían demostrado poseer aptitudes y haber incorporado conocimientos y técnicas ascendían a oficial.

“Cuando entré a aprender el oficio yo creí que me iban a pagar alguna cosita para poder sobrevivir... pero bueno no era tanto el interés del dinero

sino la necesidad era aprender el oficio; a los tres años que yo estuve allí, me empezaron a pagar tres sucres a la semana. Yo sufrí bastante, bastante para apropiarme de este oficio; en aquellos tiempos los maestros eran bien estrictos que si se dañaba por ejemplo un trocito de lata eran puro cocachos, puro martillazos, puro tijerazos. Yo era guambra, me resentía, pero ahora me doy cuenta que eso me sirvió mucho para poder aprender bien el oficio”. (Don Julio Muñoz)

Pero la hojalatería es mucho más que el manejo de técnicas y materiales, es un oficio que nos permite observar y estudiar la serie de gestos y expresiones corporales que se producen en el proceso de elaboración de los productos; la naturalidad, la suavidad y fluidez en los movimientos de las manos y de los brazos de estos artífices nos desliza hasta el mismo instante de la creación cuando su conocimiento, instinto y todos sus sentidos confluyen para determinar líneas, formas, cuerpos, volúmenes.

“Las manos son como nuestra alma, imposible trabajar con guantes, es necesario sentir la textura, el calor, la curva, el grosor del material; todos los sentidos son importantes cuando uno trabaja en este oficio: los golpes sobre el cobre desprenden pequeñas partículas de material que dan un especial sabor a tu boca; es necesario fijarse cómo resplandece el cobre al contacto con el fuego para saber si es tiempo de comenzar o no de ondear la pieza” (Señor Juan Gutiérrez)

Resulta encantador observar el uso del espacio en los talleres de hojalatería pues cada rincón es aprovechado ya sea para la ubicación de las herramientas y materiales así como para guardar las piezas trabajadas; de igual manera, el tumbado es utilizado para colgar baldes, cantarillas, comederos, bebederos así también para mantener las grandes planchas de zinc, cobre y hojalata; en casi todos existe un rincón donde están apiladas ollas y trastes de cocina en espera de ser reparados.



La mayoría de talleres de hojalatería en Cuenca se encuentran ubicados en el Centro Histórico y en algunas zonas tradicionales de la ciudad como la subida de El Vado, El Vecino y en las áreas periféricas de la urbe como en el sector de Narancay. La mayoría de ellos son locales arrendados, de dimensiones pequeñas con poca luz y casi todos divididos en dos espacios por medio de un estante donde se exhiben los objetos elaborados.

Quizás una de las primeras impresiones al entrar en los talleres de hojalatería es la gran cantidad y gama de herramientas, cajones de madera, bancos y retazos de material que dan al ambiente del lugar una cálida sensación de trabajo y esfuerzo constante.

Bancos de madera bruñidos por el tiempo y los golpes; martillos y combos de todas las formas y tamaños: pico de loro, triangulares, redondos; mazos de madera destinados a propinar golpes de distinta fuerza e intensidad; tijeras grandes y pequeñas para dedos y manos; playos y alicates con distintas puntas; cautines con muestras del desgaste y del fuego de los sopletes; compases de varias dimensiones, nacionales y extranjeros; tubos de fierro y maderos de diferentes diámetros para encorvar la hojalata son herramientas básicas de los hojalateros junto con el buril, la encorvadora y la dobladora, maquinaria de pequeñas dimensiones que agiliza parte del proceso de la fabricación de objetos en hojalata.

En Cuenca, aún podemos conversar y ser partícipes de los ricos testimonios de vida, trabajo y tradición en la hojalatería; artesanos mayores de setenta años, algunos retirados y otros que trabajan solo a pedido, nos cuentan su camino de aprendizaje, enseñanza y creación con la hojalata. Escuchar sobre las familias Gutiérrez, Durán, Chaca, Jiménez, Muñoz, Bustos son referencias imprescindibles para comprender el sorprendente mundo de la hojalatería y su aporte en la cultura y en la historia de nuestra ciudad.

Los artesanos hojalateros sienten un intenso cariño por su trabajo, sus ojos resplandecen cuando hablan de su oficio, les encanta. Hay quienes, sin

embargo, sienten mucho más la crisis económica y la expresan con desolación y desesperanza; otros, alejados del oficio, se dedican a tareas tan distintas como ser taxista o a la venta de electrodomésticos.

En Cuenca solo hay una mujer hojalatera con su propio taller, Doña Julia Vélez, descendiente de la familia del Maestro Chaca trabaja desde hace más de cuarenta años en la hojalatería. Sin embargo, la presencia y la participación de las mujeres en este oficio es directa; casi todas las esposas y muchas de las hijas y parientes mujeres de las familias de los maestros hojalateros ejercen trabajos “sencillos”, como ellas dicen, como colocar grapas y jaladeras, soldar, cortar; agujerear los cedazos, los ralladores; cocer las telas para las bolsas de pasar café; pintar las medias cantarillas o barriles; lograr con una vara de madera y piola equilibrar las balanzas. Pero en los talleres de hojalatería las mujeres no sólo producen sino además son quienes ejercen el milenario arte del intercambio y el comercio de los productos, aunque hace algunas décadas no se necesitaban puestos de venta en el mercado para negociar su producción.

El testimonio de las mujeres en la hojalatería es una sorprendente manera de sentir su fuerza, su esfuerzo, su gusto por simple placer de disfrutar de la posibilidad de crear: “es tan bonito saber que uno puede hacer algo” (Doña Zoila de Bustos)

Las técnicas, los materiales, las herramientas, los procesos productivos, las piezas y objetos elaborados en hojalata encierran el aporte y el conocimiento silencioso de hombres y mujeres cuyo trabajo y dedicación se diluye en el tiempo y en nuestra vida cotidiana con particular modestia enseñándonos quizá la necesidad de retomar el valor de los objetos y apreciarlos con justeza no solo porque cubren ciertas necesidades que tenemos sino también por el extraordinario e ingenioso proceso creativo que se produce en la transformación de la materia. n